



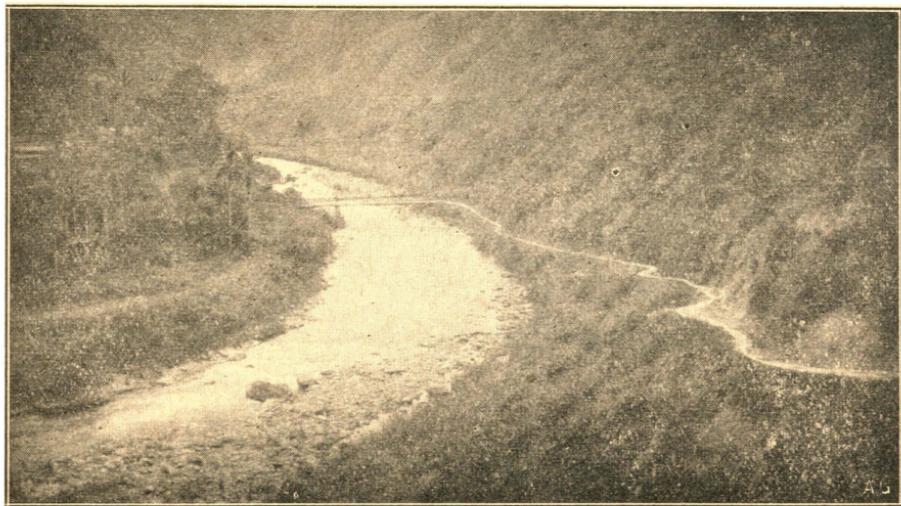
El Hombre a Caballo



HACIA años que estaba revolviéndolo en su cabeza; casi no podía dormir de tanto pensarlo, pues la idea le a-

tormentaba día y noche: quería convencerse.... asegurarse.... quería tener la contestación a la pregunta que le seguía en los campos

RENUEVE SU SUSCRIPCION ENSEGUIDA



“Bajó a toda prisa por las colinas”

como en casa.... ¿Acaso no había personas en los valles, hombres instruidos y civilizados, que podrían informarle? ¿Los sabios de las ciudades con sus high schools, acaso no podrían iluminar al hombre de las montañas, pagano aún?

Así es que un día montó a caballo, bajó a toda prisa por las colinas, atravesó los llanos de algunas provincias y llegó a Manila no sin sudar mucho y casi exhausto por el cansancio.

Y hé aquí que por encima de la entrada de un gran edificio, una especie de palacio, el hombre de la Montañosa, vió escrita esta palabra “CIENCIA.”

—“Aquí podrán darme la contestación” dijo el hombre. Saltó de su caballo, le amarró a una acacia, y entró con paso pesado pero firme, llevado por su ansiedad de

conocer la famosa contestación a su profunda cuestión.

Allí, en una sala grande, adornada con escritos y cuadros, estaban sentados centenares de ancianos sabios y estudiantes modernos; todos escuchaban las palabras de un hombre hablando desde la plataforma, detrás de una mesa verde, sobre la cual había un vaso de agua, que de vez en cuando tomaba el orador para refrescarse los labios, cada vez que el auditorio le interumpia con estrepitosos aplausos e interminables “vivas.”

Cuando por fin hubo terminado, la sala entera más que antes parecía un volcán en erupción dando violentamente gritos y aclamaciones, lo que evidentemente expresaba los sentimientos de admiración y gratitud del auditorio entusiasmado, por la sabiduría del

orador y la ciencia que denotaba su discurso.

Al terminar aquella explosión de entusiasmo, el hombre de la Montañosa, se adelantó; atravesó la sala, se detuvo en frente de los ancianos de la primera línea, y dijo.

—“Honorables Señores, vosotros todos sois sabios...”

Al oír estas alabanzas sinceras del Montañés, todos sin excepción inclinaron ligeramente la cabeza, mientras algunos sonriendo limpiaban significativamente sus gafas.... en señal de conformidad con lo dicho.

—“Por eso, Señores, quisiera proponerles una pregunta” añadió el nombre “si es que vosotros lo permitis?”

—“Ciertamente, amigo,” contestó uno de los sabios de enfrente.

—“¿Persiste acaso algo de nosotros después de la muerte?” preguntó el hombre misterioso.

’Todos los presentes miraban con extrañeza a hombre tan singular; algunos entre ellos levantaban los hombros en señal de duda.

—“Después de la muerte, ¿queda algo de nosotros?” repitió el hombre.

—“¿Eso? No lo sabemos” contestaron unos cuatro o cinco sabios de la primera línea.

—“Puede ser” dijo otro sentado en un rincón.

—“Acaso no haya,” sursurron varios de ellos.

—“Entonces, Señores, a donde vamos después de la muerte?” pre-

guntó de nuevo el Montañés.

A estas palabras, el ruido de sillas movidas y de hombres tosiendo interrumpió el silencio de muerte que había prevalecido desde la primera pregunta del hombre y en las caras de muchos de ellos se observaba cierta ansiedad.

—“¿Que sabemos de todo eso?” contestó uno.

—“No nos preocupamos de eso” gritaron algunos estudiantes modernos.

—“Precisamente lo que mi caballo está haciendo” prosiguió el Montañés non-civilizado y, hablando con más énfasis, añadió: “Pero.... ¿Acaso no somos nosotros hombres algo más que mi caballo?”

Un Señor de la primera línea, con una campanilla en la mano, se levantó y dijo en alta voz:

—“Basta ya de todo esto.... la palabra sea para el Honorable Profesor de Moral.”

—*—

El día siguiente era Domingo. El Montañés saltó de nuevo a caballo y más ansioso que antes y pensativo, empezó su viaje de vuelta. Pasó en frente de varias iglesias. Las campanas llamaban a los fieles a oír misa, y excitada su curiosidad, se detuvo en frente de una, bajó de su caballo, le amarró y entró en la casa de Dios, pasando entre los fieles hasta cerca del púlpito.

Un sacerdote joven estaba predicando; su tema era la “VIDA ETERNA.”

—“Los antepasados” decía, “que reposan en el cementerio, queridos hermanos, y que duermen en la sombra de la santa cruz, ya entraron en la vida eterna: ya están con su Creador.... Si han muerto en paz con el Salvador después de una santa vida, son infinitamente felices y gloriosos. Y aunque hayan cometido el pecado durante su vida terrestre, Dios los ha perdonado por una buena confesión, porque Dios es esencialmente bueno y misericordioso: perdona los pecados a los que sinceramente se arrepienten, tal como un padre perdona a su hijo arrepentido. Si, hermanos míos, Dios es tan bueno que hasta se une con sus creaturas por la Santa Comunión, para poder aumentar los méritos y la recompensa de los suyos en la VIDA ETERNA....”

El sacerdote hablaba sin ostentación y de la manera más sencilla, para ser comprendido por todos.

Y los fieles le escuchaban en silencio y con atención para poder comprender hasta la última palabra de su pastor.

—“Como si todos los presentes ya supiesen lo que aquel hombre les está explicando” pensó el hombre de las Montañas.... “y como si les gustase oírlo de nuevo.”

El Domingo siguiente, siempre a caballo, el hombre llegó a otra iglesia católica: y entró con gran respeto.

En el púlpito estaba un sacerdote anciano. Sus cabellos blan-

cos ornaban su cabeza de un halo de santo. Fuera de la iglesia los autos seguían pasando a toda velocidad bocinando locamente y molestando a la gente pacífica.

Y el sacerdote anciano predicaba sobre la verdad oída ya por el pagano el domingo anterior pero en otras palabras en la otra iglesia.

—“Aquí también, todo el mundo parece saber ya lo que aquel hombre está diciendo” pensó el Montañés, “Nadie se extraña de oírle hablar así, sobre la VIDA ETERNA con Dios.”

Después de la Misa, prosiguió su camino, pero llegando en frente de otra iglesia del pueblo siguiente, como veía mucha gente a dentro, también entró.

Aquí también predicaba un sacerdote: su cara era morena pero sus ojos de fuego.

—“Otro que dice lo que he oído en las otras iglesias” pensó el montañés.

En este momento el sacerdote joven fijó sus ojos en el hombre non-cristiano como para traspasar su corazón con la lanza de sus palabras, y dijo:

—“En todas las partes del mundo, en todas las iglesias católicas, se predica una y la sola verdad, porque el Sumo Pontífice es el único representante de Cristo en la tierra, apuntado por Cristo, pues por Dios mismo, que enseña todo lo que la Iglesia predica. Es aquel sumo Pontífice que nombra a los obispos en todo el mundo, y a su vez los obispos mandan a los

sacerdotes que os anuncian la palabra del Sumo Pontífice. Y todos estos nombramientos tanto de los obispos como de los sacerdotes se hacen bajo la condición de que predicarán lo que enseña el Santo Papa de Roma. Y por eso todos los sacerdotes os predicán lo mismo sobre la vida eterna.”

Después de la misa el hombre prosiguió su camino y como su caballo estaba muy cansado, se detuvo en un gran pueblo, dió de comer a su animal y se fué de paseo. Para pasar el tiempo fué a la casa más grande: era un convento. Llamó a la puerta y un padre anciano, vestido de blanco le abrió la puerta.

—“Señor,” dijo el hombre, “aquí he venido para pedir una solución a cierta cuestión que me preocupa.”

El sacerdote le mandó entrar y después de haber escuchado la famosa pregunta, le condujo a una sala grande, llena de libros clasificados según su contenido y puestos en altos estantes al rededor de las paredes.

Varios sacerdotes, con caras venerables por la vejez, estaban sentados en los rincones, tan ocupados por el estudio, que apenas miraron al hombre cuando entró.

El sacerdote le entregó un libro que ciertamente debía tener una edad de quinientos años. El hombre le abrió y leyó con avidez.

—“Pero, esto es lo mismo que los sacerdotes predicaban en las iglesias” exclamó el hombre con

asombro y también con cierta satisfacción.

Uno de los padres presentes en la sala, distraído por la voz, levantó un momento la cabeza y en seguida prosiguió su lectura.

El hombre cogió otro libro pero más antiguo que el primero: este tenía lo menos mil quinientos años.

—“Otra vez lo mismo!” gritó el hombre y tan contento estaba que con su puño rudo dió un golpe en la mesa.

Tomó otro libro que fue escrito en los primeros años del cristianismo.

—“Pero, como es posible!” exclamó; y dió un salto como un joven que acaba de ganar el premio gordo de la lotería.

—“Cómo es posible!... Y todos estos autores afirman siempre lo mismo y eso de la manera más categórica.... Pero, cómo estos sacerdotes y escritores han llegado a saber lo que dicen y escriben?”

—*—

El Montañés iba cabalgando a toda prisa por los caminos de la Provincia Montañosa para volver a su pueblo, cuando, en una de las numerosas vueltas del sendero, encontró a un niño, un pastor de carabao. Estaba leyendo un pequeño libro, hecho casi pedazos por el uso y la edad.

El hombre se detuvo, saltó de caballo y preguntó al chiquillo:

—“Amigo, que estás leyendo?”

—“El Evangelio.”

—“¿Puedo mirarlo un momen-

to?"

Y el Montañés se sentó en la hierba al lado del camino y leyó...

—“Otra vez lo mismo: habla de la vida eterna, de la remisión de los pecados, de Nuestro Señor quien por la Santa Comunión se une a los hombres.... San Pedro, el primer Papa de Roma....”

Con un golpe fuerte de la mano en la pierna, el hombre exclamó:

—“¡Siempre lo mismo! ¿Pero los que escribieron eso, como lo han sabido ellos con tanta certeza?”

—“Es que el Señor mismo los ha enseñado y no hacen más que repetir las enseñanzas de Jesucristo.”

—“Pero, el Señor ó Jesucristo, ¿quien es? y ¿cómo ha sabido el lo que enseñó?”

—“Jesucristo es Dios verdadero!”

—“Pero los que repiten sus enseñanzas, cómo lo han sabido ellos que Jesucristo era Dios?”

—“Por la sencilla razón que Jesucristo así lo dijo y lo demostró: pues hizo muchos milagros durante su vida aquí en la tierra. Hasta resucitó algunos muertos.... Y cuando sus enemigos le hubieron crucificado y muerto en la cruz, entonces, al tercer día después de su entierro, por su propio poder, volvió a la vida.”

—“Y estás seguro de que estos autores no han mentido?” preguntó el montañés para excluir así su última duda.

—“Ya lo creo” contestó el pastorcito, “porque estos autores de la enseñanza de Jesucristo seguían enseñando la doctrina del divino Maestro, aunque se les amenazaba de muerte, y efectivamente fueron muertos porque no querían cesar de repetir las enseñanzas de Cristo.”

—“No,” contestó el hombre, “no, nadie querra morir por una mentira!”

Y el niño le contó como los que habían visto y oído a estos primeros autores de las enseñanzas sobre la vida eterna, convencidos ellos también, habían enseñado lo mismo, “y ahora,” añadió el chiquillo, “los Santos Papas, los obispos y los sacerdotes no hacen más que repetir las enseñanzas del divino Señor, convencidos de la verdad de que hay una vida eterna.”

La cuestión que tantas preocupaciones había causado al Montañés, estaba resuelta.

Convencido a su vez de la verdad de la vida eterna, saltó a caballo, por la tarde del día siguiente llegó a Bontoc, su pueblo, fué al convento del misionero católico y pidió el bautismo.

—††—

